

*Sociológica*, año 31, número 88, pp. 271-275  
Mayo-agosto de 2016

***Filosofía y sociología,  
de Theodor W. Adorno\****  
*por Micaela Cuesta\*\**



[...] la denuncia de la vanidad del pensar también puede convertirse en una ideología, en un pretexto para la glorificación de aquel que renuncia al pensar.

THEODOR W. ADORNO, *Filosofía y sociología*: 96

Eterna Cadencia publica por primera vez en español las lecciones que Theodor Adorno impartiera en 1960 sobre *Filosofía y sociología*. El libro replica la cuidada edición alemana a cargo de Dirk Braunstein, quien amplía al texto con notas eruditas de pasajes conocidos y no tan conocidos, muchos inéditos, de la obra de Adorno. Llama la atención en su contratapa el modo en que se presenta al autor, una primera “operación de marcación” que, como recuerda Bourdieu,<sup>1</sup> orienta la recepción y la lectura: “uno de los mayores filósofos del siglo xx”. Un recorrido por la obra de Adorno, incluso uno que atravesara tan sólo los nombres de estas lecciones y las que le sucedieron, desmentiría esta sentencia. Luego de *Filosofía y sociología* tuvieron lugar

\* Theodor W. Adorno, *Filosofía y sociología*. Traducción de Mariana Dimópulos. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2015, 367 pp.

\*\* Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico <micaelacuesta@yahoo.com.ar>.

<sup>1</sup> Véase Pierre Bourdieu (2000). “Las condiciones sociales de la circulación internacional de las ideas”. En *Intelectuales, política y poder*, trad. de Alicia Gutiérrez. Buenos Aires: Eudeba.

las clases reunidas en *Elementos filosóficos de una teoría de la sociedad* (1964) y, años más tarde, *Introducción a la sociología* (1968). Este señalamiento deja de parecer caprichoso cuando se atiende a la trama de las lecciones: la circunstancia siempre conflictiva de la demarcación entre filosofía y sociología.

Bajo un título que evoca la compilación de Durkheim, *Sociologie et philosophie* (1898), Adorno nos invita, de comienzo a fin, a suspender las asociaciones rápidas que vuelven idénticas a filosofía y espiritualidad, por un lado, y a sociología y mera técnica, por otro. Contra cualquier intuición, la tesis que inaugura las lecciones afirma que la sociología ha de recurrir a la filosofía so pena de dejar de existir *como ciencia*. ¿En qué medida puede la filosofía aportar científicidad a la sociología? Y viceversa, ¿qué valor especulativo agrega el quehacer sociológico a la filosofía? Las inflexiones argumentativas referidas a estos problemas se desplegarán –como señala el propio Adorno– “de forma micrológica a partir de pasajes puntuales en lugar de ofrecerles [ofrecernos] algún gigantesco panorama de la escena, donde en realidad sólo se disuelven las diferencias esenciales y específicas” (p. 106). Así, podremos asistir a la interpretación cruzada de fragmentos de la obra de Kant y de citas poco visitadas de Comte, para ver despuntar en sus intersticios la tercera disciplina involucrada, aunque no explicitada, en esta controversia: la psicología. Podría decirse que estas lecciones constituyen una reflexión filosófica de la sociología que problematiza su vínculo con la psicología, aunque tampoco ello daría cuenta suficiente de lo que Adorno busca exponer a lo largo de sus 18 clases, donde se propicia también una reflexión sociológica de la filosofía. Lo que queda claro es que ninguna de estas disciplinas podrá escapar al problema de la verdad y de la determinación social del conocimiento.

Será preciso, entonces, revisar, creer y sospechar de series tales como filosofía/esencia/ámbito de lo constituyente/*intentio obliqua*/verdad/no devenido *versus* sociología/apariencia/ámbito de lo constituido/*intentio recta*/historia/devenido. Si bien no es aconsejable confundir ambas formas de las

humanidades, tampoco sería auspicioso persistir en su mera antítesis, fija y necia. Sabemos ya de la falsedad de las definiciones eternizantes y de los efectos nocivos de toda distinción irreflexiva sobre la división social del trabajo de la teoría y el conocimiento. En el intento de no olvidar, entonces, su condicionamiento recíproco, Adorno recuerda que la sociología –aun habiendo nacido antifilosófica y conservadora– no sólo hereda problemas que la filosofía no supo resolver, sino que también señala, en su derrotero, el momento de injusticia y falsedad de una sociedad cosificada.

Contra una sociología que “como empleado público [...] registra obstinadamente desde una ventanilla” (p. 126), Adorno levanta el programa de una teoría de la sociedad capaz de reflexionar sobre la mediación de la totalidad social en el análisis de lo particular. Reivindica en esta tarea el momento de verdad del *chosisme* de Durkheim ante la comprensibilidad de sentido weberiana; y reconoce su astucia en ver a la sociedad “allí donde no entiendo, donde ella duele” (p. 133). Astucia que se malogra cuando “esta conciencia correcta de la cosificación del mundo” (p. 135) se vuelve *norma* de la ciencia. Algo de esta crítica se continúa y profundiza en la acusación de “apologetas” que, aún con matices y diferencias, Adorno lanza al nominalismo, al realismo y al relativismo. Necesidad apologética que expresa “la debilidad de la conciencia, del miedo, y con esto remite por cierto a una entera condición de la sociedad a la que tenemos toda razón pensable de temer” (p. 235). No escapa a su ojo la tergiversación de la que es responsable la estadística, ni el recuerdo feliz de la distinción entre sociología e investigación empírica.

Tampoco faltan en sus lecciones las referencias al positivismo y sus relaciones, no muy diáfanas, con el primer pragmatismo. Adorno, cargado de ironía, llega a afirmar allí que el darwinismo en biología fue antes un hecho social que un descubrimiento de la naturaleza. La *adaptación*, concepto llave de aquél, constituye el reflejo del sistema de competencia de la sociedad de intercambio, entonces en su esplendor. Así, la

cuestión de la supervivencia o la ruina en la lucha económica se convierte en modelo silencioso de lo que luego se infiltra y despliega en el campo de la biología. A lo que apuntan estas provocaciones es a la tesis de un desarrollo inmanente del positivismo en la sociología. La revisión crítica del derrotero –filosófico y sociológico– de un concepto como el de subjetividad puede decirnos más de lo que creemos acerca del positivismo como problema de las ciencias humanas y sociales. La inquietud de tono pragmatista sobre la “utilidad social” y/o la “aplicabilidad” de las ciencias sociales es también atendida por Adorno. Para nuestra preocupación no existen –se dirá– respuestas definitivas o tan convincentes como para clausurar la cuestión. Este dilema, vivido por algunos bajo el signo de la “esquizofrenia” –“tener que ganarse la vida” y pretender desmontar sus modalidades instituidas– no es una experiencia exclusiva de sociólogos, ni causa del mero pensar: “Es la contradicción de una sociedad cuya razón, cuya *ratio*, por un lado, está conformada sobre el concepto de una verdad abarcadora y vinculante, pero cuya *ratio* al mismo tiempo está limitada y ligada en particular a una mera *ratio* instrumental” (p. 75).

Hacia el final de estas lecciones Adorno pone énfasis en el problema de la teleología bajo las ideas de progreso, la doctrina de la ideología y la cuestión de la génesis y validez del conocimiento. Tres núcleos temáticos de gran actualidad que, suscitados por “las cosas mismas”, reclaman de ambas disciplinas un esfuerzo conjunto de intelección. Así, para quien se ocupe de la crítica ideológica y desconfíe tanto de su reducción a mero engaño cuanto de su remisión unilateral a una psicología de los intereses, estas lecciones le serán de gran valor. Al rechazar la pretensión a-ideológica del escepticismo reinante entonces, Adorno afirma la urgencia de elaborar una tipología de las ideologías que, sin negar su “eternidad” –a la manera de Althusser– repare en su historicidad; esto es, en su relación singular con el modo de producción económico social. Escribe, luego, de la ideología bajo la figura de la justificación –adelantándose a ciertos desarrollos contemporáneos, como los de

Boltanski y Chiapello–, de la compensación –deudora antes de las religiones, y ahora, podríamos afirmar, de las técnicas del “arte de vivir” que forman prácticas sociales con incidencia política indubitable en la actualidad– y, por último, sin pretensión de exhaustividad, sitúa las ideologías de encubrimiento. Un trabajo de interpretación crítica de estas modalidades no puede prescindir de la categoría de *totalidad*.

En efecto, recorre a estas lecciones y, sobre todo, al último tramo referido a la génesis y validez del conocimiento, la apelación a un concepto no hipostasiado de totalidad. La pregunta por lo devenido y por la verdad tendrá un abordaje adecuado si, una vez más, rechazamos la tentación de inscribirlos sin más en los campos de la sociología y la filosofía respectivamente. Ambos términos se encuentran, en su autonomía, internamente escindidos y recíprocamente condicionados. La categoría de *mediación*, entendida no como determinación externa e impuesta desde afuera, resulta central en el desciframiento de su sentido.

En suma, el Adorno que tenemos ante nosotros realiza de modo ejemplar ese *pensar abierto* y en *coyuntura* que, según leemos, caracteriza a la sociología. Y lo hace con la gracia de no renunciar a la elaboración de una teoría “total” de la sociedad, con la voluntad de resistir tanto a la cosificación como al relativismo. Cuatro consejos retenemos de estas lecciones: fidelidad a los hechos, desconfianza frente al concepto abstracto, constante relativización de las cogniciones particulares sin dejar de aferrarse a una verdad objetiva y vinculante, y un llamado a no ceder ante imposiciones dicotómicas. La verdad entra en la historia con la misma insistencia con que la historia configura a la verdad.